

MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, Santiago, *Escribir la corte de Felipe IV: el Diario del Marqués de Osera, 1657-1659*, Madrid, Ediciones Doce Calles, 2013, 1286 págs + 74 ilustraciones, ISBN: 978-84-15245-34-6.

En los últimos días de agosto de 1657, el noble aragonés Francisco Jacinto de Funes Villalpando y Ariño Enríquez de Lacarra y Climente, segundo marqués de Osera, se presenta en Madrid con el propósito de negociar la liberación de su hermano, don José de Villalpando y Ariño, maestre de campo del Tercio Viejo de Lisboa, confinado en la Cárcel Real de Barcelona por el estupro que había cometido a finales de febrero con la joven María Alemany, dama de la primera nobleza catalana. Nada más llegar a la Corte percibe la utilidad que la escritura podía tener en su cometido, especialmente para que José estuviera al corriente de sus gestiones, siendo sus frutos más escogidos la intensa correspondencia entre ambos y, sobre todo, por lo que ahora nos atañe, el diario de aquella misión, iniciado sobriamente en la misma noche de su llegada a la capital, el 25 de agosto: “Llegué a Madrid a las once de la noche. Escribí al correo de Barcelona”.

Cumplida la primera semana escribe una misiva al hermano en la que le refiere las ocupaciones y encuentros de esos días, al tiempo que le anuncia que todo lo irá puntualmente anotando en “forma de diario”, pues comprende el deseo que él tendrá de “saber pormenor de todo lo que voy obrando, y entender el estado de tus casos, los discursos, inteligencias y afectos de los ministros” (p. 119). Los asuntos más comprometidos, empero, opta por dejarlos “fuera del diario”, confiándolos a las cartas y protegidos con cifra cuando la situación lo exige, en lo que representa una clara conciencia del distinto alcance que podía tener cada modalidad de escritura. En su caso, además, no debió ser casual dada su condición de hombre de letras, lector curtido (como se aprecia en el *Diario*) y autor de varias obras, entre ellas la ficción autobiográfica *Escarmientos de Jacinto* (1645),

Lágrimas de San Pedro: poema sacro en que llora sus escarmientos Frey Jacinto de San Francisco, professo del Señor Santiago (1653), *Vida de Santa Isabel Infanta de Ungría* (1655) y el poema alegórico *Amor enamorado: fábula de Psiques y Cupido* (1655), a las que Santiago Martínez añade el poema épico *Verçeli Conquistada por el Excelentísimo Marqués de Leganés*, manuscrito redactado en torno a 1651 (p. 86).

Con tal afición literaria, heredada de su padre, don Juan de Villalpando Funes y Ariño, resulta menos insólita la pasión memorialista de la que hizo gala en su *Diario*, a la sazón, según advierte su editor, “uno de los escasísimos testimonios conservados de la literatura autobiográfica nobiliaria” (p. XI). Salvo que otros ejemplares análogos aguarden su turno en el silencio de archivos y bibliotecas, así lo apunta de facto la corta nómina de textos de esta índole atribuidos a la aristocracia ibérica. Poco más, según parece, que las memorias, diarios y papeles autobiográficos de variado pelaje de gentes, todo varones, como Francisco de Contreras, presidente del Consejo de Castilla (1621-1627), el historiador y cronista Esteban de Garibay, los militares Diego Duque de Estrada y Alonso de Contreras, el bufón Estebanillo González, el poeta e historiador Manuel de Faria, el marqués de Velada, el conde de Castanheira, el marqués de Tenebrón o el príncipe de Paternò (1587-16588). Estos cuatro últimos son, junto al *Diario* de Osera, los exponentes más genuinos de la práctica autobiográfica entre la nobleza peninsular, de la que también serían indicio otras piezas desaparecidas o extraviadas, como la “vida” del marqués de Castelo Rodrigo, escrita de propia mano, o el librito de memorias que Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias, pergeñó durante su

cautiverio, asimismo rastreados por Santiago Martínez en otros de sus trabajos¹.

Dispuesto a ahondar en esa cultura cortesana que tan magistralmente ha ido perfilando Fernando Bouza, su maestro, Santiago Martínez nos regala ahora esta espléndida edición crítica del *Diario* que el segundo marqués de Osera escribió de su estancia en la corte de Felipe IV, desde el sábado 27 de agosto de 1657 al sábado 21 de junio de 1659, fecha del último asiento. El texto se conocía desde 1915 por los fragmentos que Jacobo María del Pilar Fitz-James Stuart y Falcó, XVII duque de Alba, incluyó en sus *Noticias históricas y genealógicas de los estados de Montijo y Teba, según documentos de sus archivos*, amén de otras referencias y extractos posteriores; pero tan solo ahora se pone al alcance del público, historiadores en primera fila, en una edición íntegra de los 1.340 folios que dan cuerpo al manuscrito original, custodiado en el Archivo de los Duques de Alba, en el Palacio de Liria de Madrid. Se hace, además, acompañado de un exhaustivo estudio introductorio, a través del cual no solo conocemos los pormenores del texto y su escritura, acontecida casi siempre al caer la noche e incluso de madrugada (p. 4), sino también la personalidad del autor –en buena medida recuperada merced a la semblanza que su padre hizo de él en el manuscrito *Espejo provechoso para la casa y estado del Marqués de Osera*, repescada después por el hijo bajo apariencia de ficción en *Novela ilustrísima y exem-*

plar Escarmientos de Jacinto, de la que el *Diario* fue una suerte de continuación– sus gestiones en el asunto de su hermano y, por medio de estas, las numerosas impresiones que el diarista consignó sobre nobles y cortesanos.

Sus páginas componen un inmejorable fresco de aquella *corte de las novedades* que fue el Madrid de los Austrias, con una mirada muy atenta a las aficiones y gustos del monarca, a la vida y entretenimientos de los nobles, a los juegos de poder y enredos palaciegos. Los desvelos del marqués para aliviar la condena de su hermano le acercan a las distintas facciones de la aristocracia congregada en la capital, pero sin alcanzar el apoyo de los más poderosos e influyentes, interesados antes en mantener buenas relaciones con Cataluña que en el estupro consumado por don José, nada ajeno a los nobles de la época. Deja ver las dificultades que tuvo para moverse en esos círculos al no formar parte de las principales redes cortesanas, y esto pese al aval de su hoja de servicios militares o al acceso franco que tenía hasta el mismísimo despacho real por su condición de gentilhombre de la cámara del rey, título que Felipe IV le concedió en septiembre de 1644 por sus prestaciones castrenses, primero en Italia y luego en Aragón durante la sublevación de Cataluña. Negociaciones, intrigas y maquinaciones de toda índole constituyen uno de los ingredientes fundamentales del paisaje cortesano que esboza Francisco Jacinto a través del registro abundoso y casi diario que hace de su larga *jornada* madrileña. Además de lo que aporta al conocimiento de los usos escritos de la memoria aristocrática, la edición y estudio del *Diario* de Osera constituye un testimonio de primer orden para aproximarnos a la política de corte desde las posiciones sugeridas por la “nueva historia política”, comprometiéndonos tanto en el juego de influencias desplegado en torno al rey como en el *habitus* cultural nobiliario, es decir, en los códigos y conductas que definieron esa “cultura de

¹ MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, S.: “Don Manuel de Moura Corte Real, marqués de Castelo Rodrigo: propaganda, mecenazgo y representación en la Monarquía de Felipe IV”, en Oliver Noble Wood, Jeremy Roe y Jeremy Lawrance (dirs.), *Poder y Saber. Bibliotecas y bibliofilia en la época del conde-duque de Olivares*, pról. de John H. Elliott, Madrid, Centro de Estudios Europa Hispánica, 2011, pp. 97-120; e ID.: *Rodrigo Calderón. La sombra del valido. Privanza, favor y corrupción en la corte de Felipe II*, Madrid, Marcial Pons Historia & Centro de Estudios Europa Hispánica, 2010, pp. 249-250.

la persona” a la que se ha referido Fernando Bouza.²

Pero el Diario no es solo una crónica de los hechos acontecidos, equiparable a las que pueden leerse en otras memorias de la época, donde la descripción se antepone a lo sentido y hasta pensado por quien escribe. Fiel a su voluntad de anotar cada día “lo que obro y lo que oigo y digo”, según confesó en la referida carta al hermano de septiembre de 1657 (p. 119), el marqués de Osera se retrata en sus gustos, devociones y distracciones –los libros, el teatro, las academias y casas conversación, etc.–, en sus gestos y pensamientos, por lo que el texto se gana merecidamente la calificación de autobiográfico. No ya en el sentido lato que James Amelang ha planteado para un piélago de textos de la Edad Moderna³, sino incluso desde una acepción más personal concernida por las cartas que de sí mismo descubre don Francisco Jacinto. Como apunta Santiago Martínez, “el Diario es, con diferencia, un texto íntimo dirigido únicamente al desafortunado prisionero, pero en el que su autor es también el destinatario de sus propias confidencias y pensamientos” (p. 11).

Dado que el texto se ofrece a los lectores y a la comunidad científica para ulteriores usos, entiendo que hubiera sido pertinente acompañar el minucioso índice onomástico –estupendo registro de ese mundo de nobles y cortesanos donde bregó el de Osera– con otro de índole temática que pudiera proveer distintas lecturas y consultas. Una tímida sugerencia que en nada empaña el extraordinario trabajo de Santiago Martínez, ayudado en la transcripción del manuscrito por Felipe Vidales del Castillo y Roberto Quirós Rosado. La publicación, por su parte, responde a la acostumbrada

excelencia de Pedro Miguel Sánchez Moreno, editor de Doce Calles, bien patente en la colección que la acoge, “Visiones hispanas”, donde antes vieron la luz los textos homónimos de un trío de singulares viajeros en la España de los Austrias: el cardenal Francesco Barberini (1626), el gentilhombre flamenco Jehan Lhermite (1587-1602) y el holandés Lodewijck Huygens (1660-1661). Como en estos casos, la edición del *Diario* de Osera, posible también gracias al mecenazgo de la Fundación Cultural de la Nobleza Española y del Centro de Estudios Europa Hispánica, se enriquece con un copioso repertorio de 74 ilustraciones que configuran otras tantas miradas a los miembros de la familia real, damas, bufones, nobles y cortesanos, ciertos objetos que los distinguieron y algunos lugares de aquel Madrid vivido y sufrido por don Francisco Jacinto de Funes Villalpando, más proclive a la calma de Zaragoza y, en especial, de su natal Gelsa, adonde se retiró tras concluir la misión capitalina. Aunque malograda en su propósito principal, pues sus desvelos no alcanzaron más que a una minoración de la condena decretada por la Junta del Consejo de Guerra, liderada por el duque de Medina de las Torres y el marqués de los Balbases (cuatro años de destierro en Orán en vez del castigo a perpetuidad), sin ella el marqués de Osera no se hubiera planteado la necesidad de escribir un diario de las peripecias experimentadas en aquellos dos años de su *jornada* madrileña. Si en su día solo pudieron leerlo el hermano y la mujer, hoy está a disposición del público interesado merced al buen hacer de Santiago Martínez Hernández, uno de nuestros primeros espadas en materia de nobles y cortesanos áureos, como sobradamente demuestra con el rigor de esta edición.

Antonio CASTILLO GÓMEZ
Universidad de Alcalá

² BOUZA, F.: *Imagen y propaganda. Capítulos de historia cultural del reinado de Felipe II*, Madrid, Akal, 1998, pp. 198-199.

³ AMELANG, J. S.: *El vuelo de Ícaro. La autobiografía popular en la Europa Moderna*, Madrid, Siglo XXI, pp. 13-42 [ed. original: Stanford, Stanford University Press, 1998].